aguantá, y vámonos á traernos á Frasquito, señá Remedios, que nos lo van á matá.

¡Prrúm!... ¡prum!... ¡plómb!, el primer cañonazo.

—¡Vámonos, vámonos volando!—gritaba la pobre Remedios; pero faltáronle las fuerzas: su congoja, su miedo y su debilidad—llevaba tres días de no comer—fueron tan grandes, que cayó casi desmayada en una silla; Pastora comenzó á echarle agua en la cara, pero Mercedes seguía gritando:—¡Vámonos, vámonos, señá Remedio!

—¿Qué te has de ir, atrevía, más que loca?—voceaba su madre;—y Mercedes lloraba convulsivamente, insistiendo en su desatinado empeño.

—No s'aflija usté, señá Mersedita—dijo el gran Tirabeque,—ahora no premiten andá mujere po las caye; pero nosotros, que somos hombres y cantonales—y mostraba las gorrillas, marcadas con la R y la F,—iremos á buscarle, y le traeremos aquí, si usté quiere. Este sabe dónde está el pelotón en que va el señó Llamas.

—¡Sí, eso, eso, que vayan!—exclamó señá Remedios, hallándose incapaz de ir ella misma.—Que vayan y le digan que yo me he puesto mala y quiero verle.—Y en cuantito que entre (al oído de Mercedes), le trincamos tú y yo, ya verás...—¡Sí, hijos míos, dir vosotros que sois dos valientes! ¡Como me lo traigáis, os vais á ganar más achuchones y más cuartos!—y los besuqueaba, llenándolos de lágrimas y babas, con grave mengua del alto decoro de tan bravos campeones.

Limpiándose las caras con las mangas de las blusas, salían los dos héroes, cuando ¡prrróm!, próom!, ¡púm!, ¡aquello se ponía muy feo! Tirabeque sentía que las piernas se le blandeaban, y muy bajito preguntó á Perdigón, como protegiéndole:—¿Tienes miedo, niño?—El amor propio del guerrero se ofendió gravemente, y aunque temblando como un azogado, contestó con estoico desdén:—¿Yo miedo?... Como no lo tengas tú, ¡puñales!—Y más muertos que vivos echaron á andar hacia el lugar de la refriega.

V

EN LAS BARRICADAS

Cuando, con tanta curiosidad como terror, llegaron á él los dos gurripatos mensajeros, ¡qué habían de acordarse de su mensaje, ni de señá Remedios, ni de nada, si la Puerta de la Carne era un brasero, un volcán en erupción, el mismo infierno con sus calderas hervorosas, sus demonios tiznados, sus aullidos espeluznantes y su atmósfera negra, borrascosa, flamígera, densísima de polvo, humo, petróleo, pólvora, sangre y lumbre viva!—Camará, ¡la fin der mundo!—chilló Perdigón, asomando el hociquito ratonil por la esquina de la calle de Encisos, por donde habían logrado escurrirse.—¡Quítate ayá, cachorro!—pronunció el intrépido Tirabeque, con las pupilas dilatadas por el miedo; y cuando metió las narices en Santa María la Blanca, estuvo á punto de caer patas arriba de

espanto.—¡Perdigón, Perdigón, Tirabeque, aquí!—gritó una voz conocida y que ejercía sobre ellos decisivo influjo, pero que partía del propio lugar del combate; por lo que los chiquillos temblaron, sobrecogidos.—¡Perdigón, Tirabeque, aquí ahora mismo!—mandó la voz formidable; y las criaturas, lívidas y castañeteando los dientes, acudieron al llamamiento. La voz imperiosa era la de Frasquito, bien la conocían; pero aquella cara negra, alargada, terrible; aquellas pupilas fieras y llameantes ¿eran las suyas?—¡Aquí, *morraya,* aquí de gorpe, á traé cubos de agua pá refrescale las entraña á este berrendo!—ordenó Frasquito, señalando á un cañón de viejo sistema, que asomaba la humeante boca por la de la calleja abierta entre un palacio y una casa célebre por su patio y azulejos mudéjares. El artillero que servía la pieza cayó muerto á los primeros tiros, y apoderado Frasquito de ella, no se sabe por qué recóndito misterio estratégico, la imponente máquina había de cargarse dentro del callejón, y ya cargada, á poder de cuerdas, mulas, hombres, reniegos y blasfemias, sacábanla á la calle, y una vez allí, mejor ó peor apuntada, ¡brúm!, hundíase el barrio con el estrépito del zambombazo.

Desde que Perdigón y Tirabeque entraron al servicio de la terrible *chocolatera,* caldeóseles la sangre belicosa, y recordando con desprecio sus primeras armas de mentirijillas en las batidas del Muro y Puerta Real, hallábanse dignos de los rojos bonetes que honraban sus altaneras frentes; fiebre guerrera enardecía sus corazones, ansia de gloria dilataba sus pechos va-

roniles, y cuando desde lo alto del parapeto vieron caer á los soldados de Ramales barridos por la metralla, cuando les vieron huir poseídos de pánico, sus voces poderosas se mezclaron al coro atronador de aclamaciones y relinchos de gloria que ensordeció á Sevilla.

¡Qué fiebre aquella de entusiasmo, de fuego y de muerte! ¿Qué digo fiebre? Fue un delirio, un frenesí, una hidrofobia, un tétano que duró tres días. Pero tres días en los cuales no había días ni noches, ni descanso, ni alimento, ni medida del existir. Las horas de aquellas jornadas trágicas no se sucedieron con la inexorable sucesión del tiempo: cayeron unas sobre otras y se fundieron en una masa informe de fuego, humo, sombras, relámpagos, sangre, espanto y terrores indescriptibles.

Mientras las balas de los Remington de las tropas, cuyo alcance asombró á los sevillanos, atravesaban la ciudad de extremo á extremo, los cañones cantonales vomitaban metralla contra las filas de Pavía, y por lo alto de las casas de San Bartolomé y San Esteban cruzaban negros demonios derramando latas de petróleo, pastillas de azufre y pólvora y pelotas de estopa encendida que determinaban súbitos incendios: cuando las llamas subían al cielo, y las maderas crujían y los pisos se quebrantaban, y corrían espantadas las gentes, y el estrépito, el polvo y el horror de los desplomes ensordecía, cegaba y helaba la sangre, acudían en tropel las bombas de incendios pérfidamente llenas de petróleo, y al caer sobre aquellas hogueras ríos del inflamable líquido, nubes de humo negro y densísimo se amontonaban entre

los muros en apretados cúmulos, oíanse entre paredes y viguerío hondas regurgitaciones y estridentes estallidos, y allá iban, más altas que la Giralda, las gigantescas llamas rojiazules, que palidecían ante la llama viva del sol, que amenazaba calcinar la tierra.

Al amanecer del día tercero se hizo un silencio hondísimo, una calma pesada, un reposo de sepulcro. Era que los hombres de aquende y de allende las barricadas caíanse á tierra rendidos al cansancio: la animalidad, exasperada por el largo ayuno, por la bárbara tensión nerviosa, imponíase brutalmente, eclipsando en ellos la conciencia, é indiferentes á la muerte ó á la vida, rodaban como odres lacios, quedándose dormidos sobre charcos de agua y sangre, sobre montones de agudas piedras, sobre cajas de municiones ó sobre los mismos troncos rígidos de los cadáveres.

Frasquito, como todos, cayó en aquel aplastante sueño; pero cuando la luz del amanecer se derramaba tibia y lechosa sobre el horrible escenario, despertó dolorido y ataraceado por las durezas del aspérrimo lecho formado por un montón de adoquines, donde hacía de almohada una de las ruedas del ya inutilizado cañón. Angustiadísimo despertó el mozo con la cruel pesadilla de que un soldado de caballería le cortaba á cercén la cabeza, como si sintiera hundírsele en el cuello el tajante sable, al paso que un cuerpo duro, sin duda la rodilla de su enemigo, le oprimía el estómago á punto de asfixiarle. Ya despierto, reconoció que el duro filo que le degollaba no era sino el de la llanta de la rueda sobre el cual gravitó su cuerpo

dormido hasta hundírselo en la garganta, donde conservaba hondísimo surco; y vió que el grave peso que él tuvo por rodilla de su enemigo, no era sino la cabeza espelurciada del gran Perdigón que, despojada de la gorrilla, reposaba sobre su estómago como en la más blanda almohada. — ¡Pobres criaturas! — pensaba Llamas acomodando á Perdigón contra un saco de lana sobre el cual dormía el otro arrapiezo—¡qué amarillos y desencajados están los inocentes! ¡Entretanto sus madres...!—Este nombre despertó súbitamente en él el recuerdo de la suya. —¡Madre de mi vida!—clamó en sus entrañas la voz interior.—¿Qué será de ella? —Probó á levantarse y halló que las piernas no le sostenían, y tropezando y cayendo, fué á dar en el parapeto de adoquines contra el cual dormían, como troncos, los centinelas, y como las fuerzas le faltasen, tendióse sobre un montón de sacos que dominaba la improvisada trinchera. Desde allí, y al pie del parapeto, descubrió un grupo trágico: dos soldados muertos que yacían uno sobre el otro. El de arriba cayó de boca, atravesado sobre el compañero; era un tronco amorfo, del cual no se destacaban sobre el uniforme enlodado y la tierra sangrienta sino las suelas de las alpargatas y la funda y cogotera blancas del ros. El de abajo había caído de espaldas con las piernas y los brazos extendidos en cruz; Frasquito veía perfectamente sus pies amarillos como la cera cruzados por las negras cintas de las alpargatas, sus manos crispadas en el espasmo de la muerte, su cárdena boca abierta al exhalar el espíritu, y en sus pupilas vidriosas cuajado el espanto de la última mira-

da; la luz del amanecer, resbalando por aquella faz marmórea, aumentaba el horror de su inmovilidad de estatua.—¡Pobre mozo, en la flor de su vida!—sintió Frasquito.—¡Y tendría madre, y tendría novia!... Y todo ¿por qué? ¿por qué?... ¡Dios mío!

Como si dentro de su corazón se rompiese un enorme témpano de hielo, el cabo de cantonales sintió que toda el alma se le derretía y que toda la sangre se le hacía lágrimas. Aquel estallido del sentimiento, aquella reacción de la conciencia determináronse en enérgico, arrollador deseo.—¡Sí, sí, quiero verlas, necesito verlas, no quiero que me maten sin haberme hartado los ojos de mirarlas!—Y la imagen de Mercedes y la cara llorosa de la señá Remedios se dibujaban distintamente en el espacio por delante del pobre soldado, que también tendría madre y novia y no volvería á verlas. Tan grande era la exaltación de Frasquito, que sintió ganas de bajar y poner en aquella helada frente el beso que no podía darle su madre; pero mayores ímpetus le impulsaban á ir á arrojarse, como cuando niño, en los brazos de la suya y sentir en las mejillas los besos hambrientos y las calientes lágrimas de su vieja. ¡Sí, él no podía ir á la muerte sin aquel viático de amor! Quiso levantarse, pero sus miembros no le obedecían; un intenso calofrío sacudió su cuerpo, y cayó en un marasmo invencible, á través del cual sentía que su voluntad iba como desasida del cuerpo, llamando inútilmente á los sentidos. ¿Si estaría él también muerto como el infeliz soldado?... Pero no; al cabo de largo, larguísimo tiempo, comenzaron á picarle las

carnes con el ardor del sol; sonaron clarines fuera y dentro de la ciudad...; pasó el tío *Trinquis* repartiendo el aguardiente, y alguien le puso en los labios una copa de aquel líquido fuego, que él apuró con ansia. Después llegó el señor *Quintales*, capitán de su pelotón; sacudióle fuertemente y le dijo:—Cabo Llamas, por su *güen* comportamiento de ayer, es usté *sagento*. Frasquito se encontró instantáneamente de pie, erguido, cuadrado, en arrogante postura militar. El calor del sol, el rescoldo del aguardiente, la voz de los clarines, las palabras del capitán, caldearon de nuevo su sangre meridional.—¡Ahora vuelvo á ser hombre!—pensó; y arrepintiéndose de haberlo sido aquella madrugada, tornó á sentirse fiera y se lanzó lleno de entusiasmo, sediento de acción, al bárbaro torbellino de la ya empeñada lucha.

VI

AMOR Y MUERTE

Entretanto, ¿qué había sido de su madre y de su novia? Adivinando con el certero instinto del amor la tregua que el cansancio impuso á los combatientes, antes que clarease el día Mercedes y señá Remedios salieron quedamente de la sala donde dejaban dormida á Pastora, y guiadas por la ciega fe de su cariño lanzáronse al imponente dédalo de las calles, erizadas de peligros. Fácilmente vencieron los primeros obstáculos, porque el sueño de los centinelas

dejábales por todas partes el paso libre; pero tenían que subir verdaderos montes de adoquines y saltar desde lo alto de parapetos de uno ó dos metros de elevación, ó pasar llenas de susto sobre los cuerpos de los dormidos guardianes; así fueron desde la calle de Santas Patronas á las Gradas de la Catedral, y de allí á la Borceguinería, dirigiéndose por las de Fabiola y Farnesio á Santa María la Blanca; pero ya en la esquina de esta última, un muchacho á quien preguntaron por el cabo Llamas, díjoles por error que éste se hallaba en la puerta de Carmona, y las pobres mujeres, sin medir el peligro que arrostraban, corrieron á meterse en el barrio incendiado de San Bartolomé por la calle de Levies; pero al atravesar la de San José, una bala de las muchas que por allí cruzaban hirió en un brazo á la señá Remedios, que sin cuidarse del dolor ni de la sangre que perdía, obstinábase en seguir adelante. En la calle de Levies encontraron una ambulancia de la Cruz Roja, que recogió á la herida, llevándosela al hospital de sangre que unas piadosas monjas habían improvisado en lo que fue convento de San José, y una vez acogida y curada allí la anciana, Mercedes continuó resuelta su peligrosa odisea en busca de Frasquito. ¡Qué riesgos de muerte arrostró y qué siniestras escenas presenció por aquellas espantosas calles! Sitios había donde los montones de negros escombros y los haces de maderos incendiados le cerraban el paso; parajes donde los desplomes de las opuestas manzanas se cruzaban, cegando las calles con sus enormes detritus. Hogares halló volcados trágicamente en medio de la

calle; reliquias de amor y devoción anegadas en el fango negruzco, en aquel lodazal de petróleo, tierra y hollín que lo manchaba todo; vió cuadros de santos hechos jirones; una cuna de mimbres incendiada; montones de libros humeantes; un gato achicharrado, tumefacto y ya en descomposición; un retrato y un paquete de cartas ardiendo entre el cascote; todas las intimidades domésticas profanadas, caídas en el arroyo. Ella no quería ver nada; pero todos estos horrores le salían al paso, la manchaban con sus negras cenizas ó la quemaban con sus rojos tizones. Y con los pies llagados y heridos de pisar brasas, clavos y cristales, unas veces rodeando, otras huyendo de los hundimientos, otras perdida en aquel laberinto incendiado como en región de pesadilla, llegó á la calle del Vidrio y salió á la puerta de Carmona, donde los soldados de Pavía y las gentes del cantón se batían ya cuerpo á cuerpo, y en el huir desesperado y en el salvaje embestir lo arrollaban todo; pero Mercedes no veía nada, no retrocedía ante nada, y preguntaba con demente obstinación á aquellos poseídos: "¿El cabo Llamas?... ¿Dónde está el cabo Llamas?" Nadie la oía, nadie reparaba en ella; su voz se perdía en el bárbaro fragor de la lucha, y los círculos de aquel ciclón de muerte la envolvían en sus vertiginosos giros. De pronto una áspera voz contestó á la suya:—El cabo Llamas, que ya no es cabo, sino arferes, está en la puerta de la Carne; si quié verle vivo, niña, vente, que pá ayá voy yo—gruñó el tio *Trinquis*, el repartidor de aguardiente, que iba hacia donde dijo, cargado de cartuchos, de

que había allí grande falta. Oyéndolo sintió Mercedes que le nacían alas por todo el cuerpo; y como si los llagados pies no le sangraran, como si quedaran energías en su agotado organismo, comenzó á correr, llevada de su deseo; y, alejándose, oía la voz del tío *Trinquis*, que seguía narrando las hazañas y ascensos de Frasquito.—Esta mañana me lo jisieron sagento, y cuando s'estiró er capitán Quintales, er tiniente le arrancó ar muerto una de las estrellas, y con un arfilé se la apuntó ar señó Llamas en la manga erecha, y, ¡cátatelo ofisiá!; digo, si es que no lo han matao, porque está jecho un león y...—Mercedes no oyó lo demás, porque aturdida y jadeante salió de la calle del Vidrio, entró en la de Céspedes, y volvía ya á Santa María la Blanca, cuando un grupo de cantonales fugitivos que corrían arrojando armas, gorras y correajes, la arrolló en su ciega desbandada.—¡Dios mío, esto es que entran las tropas! ¿qué será de Frasquito?—pensaba Mercedes, refugiada en el hueco de una puerta. Cuando pasó el tropel emprendió de nuevo su ansiosa carrera, y despreciando infinitos peligros, sorda al formidable estruendo del combate, ciega á las masas de hombres que la empujaban y oprimían, insensible á los golpes, indiferente á la muerte, poseída de un solo deseo, de un anhelo infinito, llegó ante el mismo parapeto de la última barricada á punto que se cruzaban los postreros tiros, á punto que las gentes de Pavía tomaban carrera para lanzarse como tigres á la bayoneta.—¿A dónde vas, mi vida?—gritó una voz que la estremeció hasta el fondo del alma; y en lo alto del parapeto, en-

vuelto en humo, alumbrado por los fogonazos de las descargas finales, negro, desencajado, frenético, hermoso con la trágica y salvaje hermosura de un héroe ó de un poseído, vió Mercedes á su novio, que ostentaba en la manga derecha del roto uniforme una estrella bañada en la sangre que le corría del brazo, y con el fusil enarbolado á modo de maza en la mano izquierda, se aprestaba temerario á recibir el bárbaro asalto á la bayoneta. Apenas si los ojos de la muchacha pudieron llenarse de aquella visión hermosa y terrible que duró lo que el esplender de un rayo, porque Frasquito, herido en la mitad del pecho por una de aquellas postreras balas, rodó dando vueltas desde lo alto del parapeto y fué á caer á lo hondo de un hoyo que cerca de las casas de la acera derecha se abría entre montones de tierra, de colchones y adoquines. Allí se hundió también Mercedes asida al cuerpo de su adorado; allí se abrazaron con ansia infinita en el sublime impudor de la muerte. El herido quería hablar, y las angustias mortales y la sangre que le brotaba de la boca se lo impedían; Mercedes mojó su pañuelo en un cubo de agua que allí había y lavó la cara de su novio, mojó sus labios sedientos y empapó sus sienes, con lo que, limpio de su máscara de humo, el rostro del muchacho apareció en toda su varonil hermosura, pero velado ya por la trágica lividez de la agonía. Mercedes, al ver la descomposición de aquel adorado semblante, creyó que el alma se le rompía en pedazos; y en tal momento, un estrépito salvaje sonó sobre ellos; los adoquines del parapeto rodaban empujados por una fuerza inva-

sora; por donde quiera sonaban gritos de muerte, aullidos de venganza, y un sordo tropel como de huracán desatado ó desbordada marea lo llenaba todo con su creciente oleada; era que miles de pies hollaban el parapeto; que millares de hombres corrían por la brecha como tromba desencadenada; que los infantes de Pavía entraban á la bayoneta, ciegos, frenéticos, arrollándolo todo.

Un grupo de soldados, poseídos del vértigo de la matanza, asomó por el negro agujero donde yacían Frasquito y Mercedes; por un momento pareció que sus bayonetas ensangrentadas y hambrientas iban á cebarse en los cuerpos de los novios... Pero no; los vencedores retrocedieron un paso y se les vió volver las caras, como poseídos de emoción y respeto: lo que habían visto podía más que el furor de la victoria; ¡era el amor y la muerte!; y pasaron.

En un momento de postrera lucidez, el moribundo se llevó la mano sana al pecho, arrancó de él un escapulario empapado en sangre (todos aquellos *herejes* llevaban el suyo), y dijo á Mercedes: — ¡Toma... para mi... madre... y... y...—la extrema agonía cortaba su voz estertorosa; pero aún quería hablar, se obstinaba en decir algo—y... dile... dile—acabó haciendo un supremo esfuerzo—que... maldita sea... la República! — Y espiró sin haber sospechado lo que era.

CUENTOS VARIOS